

EL MODO DE OPERAR DE SAN MARTÍN

LA RAZON DE SUS VICTORIAS

POR EL GENERAL NICOLAS A. ACCAME

Al comenzar el año 1818, el General San Martín tenía sus fuerzas divididas en dos ejércitos: el uno llamado del Sur, a las órdenes del General O'Higgins, con el Cuartel General en Concepción, observaba la plaza de Talcahuano; el otro, a las órdenes directas del mismo General San Martín, denominado del Oeste, tenía su campamento en Las Tablas.

Debido a su sagacidad y astucia, San Martín consiguió conocer el plan de operaciones español para la campaña que en ese año tenían decidido iniciar los realistas. Según dicho plan, un ejército a órdenes del General Osorio sería transportado desde el Callao a Talcahuano, donde desembarcaría y, reforzado con la guarnición que estaba a órdenes del Coronel Ordóñez, marcharía contra las fuerzas del Brigadier O'Higgins, para arrojarlas al Norte del río Maule. Conseguido esto, se dejaría frente a aquel un destacamento a órdenes de Ordóñez para que lo entretuviera, mientras el grueso del Ejército español se reembarcaría para desembarcar nuevamente en algún punto cercano de Valparaíso, con el fin de marchar sobre Santiago, que suponíase desguarnecido, ya que imaginaban que San Martín habría corrido apresuradamente en auxilio de O'Higgins. La retirada del Ejército argentino-chileno quedaba así cortada apresado entre los dos núcleos enemigos, incomunicado con su centro de recursos. El aniquilamiento completo del ejército de San Martín era el epílogo acariciado por su adversario. Solamente en caso de no ser posible el desembarque en Valparaíso, se continuarían las operaciones directamente hacia el Norte por tierra.

Apenas tuvo conocimiento el General argentino del desembarque del General Osorio en Talcahuano, comenzado el 5 de enero, ordenó al Brigadier O'Higgins la retirada hacia el Norte, a fin de poder reunir ambos ejércitos antes de chocar con el enemigo. Le fue recomendado el empleo de guerrillas durante la retirada. El General Osorio, después de proveerse de ganado, inició su avance hacia el Norte, ocupando militar y administrativamente la provincia de Concepción, abandonada por el enemigo. En cuanto el Ejército del Sur, alcanzaba Chimbarongo el 9 de marzo. El General San Martín, al darse cuenta de que Osorio había optado por la segunda variante del plan, resolvió la concentración de ambos ejércitos en aquel punto. El 12 de marzo se terminaba aquella. El Ejército Unido, concentrado en Chimbarongo, contaba a la sazón con un efectivo muy próximo a los 8.000 hombres, con 43 piezas de artillería. En cuanto al Ejército de Osorio, disponía inicialmente de 3.300 hombres, sin contar oficiales, un numeroso estado mayor, empleados civiles, etc., y 10 piezas de artillería, que, con la incorporación de las fuerzas de Ordóñez, sobrepasaban las 5.000 plazas, sin incluir las unidades de milicias que se le incorporaron.

El Ejército español se concentraba en Talca el 4 de marzo. Hasta allí había marchado por destacamentos de distinta composición. El 7 de marzo adelantaba Osorio desde allí un fuerte destacamento mixto a órdenes del Coronel Primo de Rivera, a efectos de que explorase hasta la villa de Curicó. El Destacamento Primo de Rivera ocupó este punto el día 12, y ante las noticias que recibió acá de su exploración, decidió contramarchar el 15. Este día alcanzaba la Hacienda de Quechereguas. Entretanto, el grueso del Ejército español había continuado su avance desde Talca el día 14, y el 15 ocupaba Camarico.

En cuanto al Ejército Unido, por su parte había iniciado su avance hacia el Sur el 13, vivaqueando en la tarde del mismo día a pocos kilómetros al Norte de Curicó. El 14 descansaba al Norte de Lontué. El 15, el Ejército Unido permaneció en su vivac, adelantando el General San Martín un escuadrón de cazadores a órdenes del Comandante Freire para que explorase la zona Sur de aquel río. Esto le condujo a un combate contra fuerzas del Destacamento Primo de Rivera, en el que fue aquel rechazado y perseguido, no obstante lo cual el jefe español solicitó urgentemente a Osorio el envío de refuerzos, no consiguiendo tranquilizarse ni con esto. A la tarde tomó la resolución de continuar esa misma noche la retirada, encontrándose durante la marcha, en Pargue, con el Destacamento mixto a órdenes del Coronel Ordóñez, que el General Osorio mandaba en su auxilio. Juntos se dirigieron hacia Camarico, donde el 16 a la noche estaba nuevamente el Ejército español.

Pasando al Ejército Unido, el 15 a la tarde el Comandante Freire informaba al General San Martín de los resultados de la exploración, y en vista de ello, éste resolvió continuar el avance el 16, en cuyo día alcanzó Quechereguas, donde vivaqueó. Decidido por el Generalísimo argentino que el avance contra el enemigo se prosiguiese el 17, se disponía, en primer término, del camino carretero que conduce directamente sobre Camarico. Era el mejor y más corto. *Sin embargo, el General San Martín eligió el de "Tres Montes", que corría entonces por los llanos al pie de la cordillera. ¿Qué causa tenía para ello? ¿Porqué optó por el camino más largo? Porque su propósito no era ir a chocar frontalmente con el enemigo concentrado en Camarico, con lo que, en el mejor de los casos, sólo hubiese logrado rechazar al adversario sobre su base de operaciones, sino realizar un envolvimiento estratégico que le cortara de la línea de Malde para caerle contra el flanco oriental y retaguardia y "terminar en una sola batalla con el poder realista".* Era el pensamiento que expresara San Martín en diciembre de 1817 cuando, dirigiéndose a O'Higgins, le hablaba de *"dar el golpe decisivo y terminante"*, el que ponía en ejecución el gran soldado.

El mismo día en que San Martín iniciaba el envolvimiento estratégico, Osorio reunía en Camarico una junta de guerra. Refiriéndose a ella, un miembro de la misma, después de reconocer *"la confianza y superioridad"* - son sus palabras - con que San Martín obraba sobre ellos, y de lamentarse de que Osorio no se decidiese por una rápida e inmediata retirada sobre Talca a fin de repasar el Maule y evitar el peligro que se cernía sobre ellos, dice: *"En vez de tomar este partido, se concibió el proyecto insensato de tomar posición y aventurar una batalla, y en ese desatino es menester confesar que tuvimos todos parte, pero especialmente Ordoñez, que tomó con su división la situación mas falsa que pueda imaginarse"*.

Después reconocer que San Martín se había dado cuenta de que podía rendirlos casi sin disparar un solo tiro, agrega: *"Y en la noche misma en que nosotros neciamente juzgábamos"*

que se disponía para un ataque de frente, emprendió un movimiento general sobre nuestro flanco derecho tan bien concertado y tan seguro, que hará siempre un honor muy particular a sus campañas de Chile". No obstante la resolución tomada por el comando español de aceptar la batalla, al conocer la dirección de avance de San Martín, Osorio resolvió emprender la retirada el 18 hacia Talca, alcanzando el mismo día la "Capilla de Pelarco", donde pasó al descanso. Al día siguiente se supo, por la declaración de prisioneros enemigos, que "San Martín en aquel mismo día debía llegar a Talca"; con esta noticia se tocó generala y nos pusimos en precipitada marcha para dicho punto, *temiendo que el enemigo nos tomase la retaguardia*". De acuerdo con esta resolución, el 19 alcanzaba Osorio la ciudad de Talca, donde tenía establecidos sus depósitos.

Entretanto el Ejército Unido continuó su avance dentro del propósito expresado, alcanzando el 17 la zona Sur del Río Claro, distante unos 10 kilómetros al Este de Camarico. El 18 vivaqueaba en el mismo paralelo que su adversario, separado solamente por unos 8 a 10 kilómetros. De este modo se produjo la persecución paralela durante el día 18 y parte del 19, con un intervalo entre ambos adversarios de 10 a 15 kilómetros. El General San Martín, viendo que el enemigo se le escapaba, adelantó en la mañana del 19 los Granaderos y Cazadores reforzados con artillería a caballo, a fin de que le cortara de Talca y le obligase a aceptar la batalla. Pero Osorio, que temía por su flanco izquierdo y retaguardia, había hecho ocupar el vado de Santa Rita sobre el Lircay, mientras él se dirigía a franquear este último por el vado que existía sobre el camino público. Esto ocasionó una demora apreciable a la caballería patriota, y cuando consiguió forzar el pasaje, ya el Ejército español había franqueado el Lircay.

Contrariado por esto, el General Balcarce resolvió cargar sobre el Ejército español, que tomó posición entre los arrabales de Talca y el valle del río Claro, con frente al Nordeste. La carga, aunque realizada con el brío y la valentía que hizo siempre la fama de los Granaderos a Caballo, fracasó debido a la pésima naturaleza del terreno para una tal acción, terreno cortado por numerosos zanjones y que no se había hecho reconocer. Además, el General desplegó muy prematuramente, lo que dificultó aún más el avance. La llegada de una parte del Ejército Unido permitió el fácil repliegue de la caballería patriota. Ambos adversarios pasaron al descanso: los españoles dentro del recinto de Talca. A las 19 horas estaban en sus vivaques conservando la formación de combate.

EL ATAQUE POR SORPRESA DEL GENERAL OSORIO

El enemigo había conseguido sustraerse al envolvimiento perseguido por San Martín y temido por Osorio, y con ello a su total aniquilamiento, pero sólo transitoriamente. El gran propósito del General argentino se acercaba a su realización. Este podía alcanzarse al día siguiente; el caudaloso Maule facilitaría su ejecución. *Así lo comprendieron los jefes superiores españoles, quienes descontaban hasta la posibilidad de una retirada, apreciando la situación a que les había llevado San Martín con sus movimientos sobre el flanco como muy grave*. En consecuencia, aconsejaron a Osorio el ataque al enemigo antes de la madrugada, como la única resolución que podía salvarle de aquella situación desesperada. Y así se hizo.

A las 20 horas se hallaba aprestada la columna española encargada de la empresa, a órdenes ella del ahora General Ordóñez, alma de la audaz resolución. A las 23 horas el propósito realista se había consumado plenamente: el grueso del Ejército Unido había sido dispersado. El

General San Martín salvó milagrosamente de ser muerto; el Coronel O'Higgins había sido herido en un brazo. El Coronel Las Heras, que asumiera el mando de los restos del ejército argentino-chileno – unos 3.500 hombres, - emprendía la retirada rumbo a Santiago. Al amanecer del 25 de marzo se había distanciado unos 25 kilómetros del campo de batalla. Comprobó allí Las Heras con gran pena que sus efectivos habían disminuido en 500 hombres: *“en la retirada las fuerzas se derriten como la nieve”*. Tomó las más enérgicas medidas para evitar la repetición del hecho. Las tropas hacía dos días que no comían. El 25 de marzo a mediodía alcanzaba Chimbarongo, donde el General San Martín le hizo objeto de su reconocimiento por su heroico comportamiento. Las tropas aclamaron a su General al divisarlo. Ordenó al Coronel Las Heras que continuara su retirada hasta Santiago. En San Fernando el General San Martín redactó el parte en que daba cuenta de la derrota, atribuyéndose toda la responsabilidad. Este parte es más amplio que aquellos en que dio cuenta de victorias famosas. Muestra una vez más el temple de su carácter y constituye una bella lección de ética militar.

EL PANICO EN SANTIAGO

La noticia de Cancha Rayada tuvo una enorme repercusión en la población de Santiago, donde llegó el 21 de marzo. El pánico se apoderó de aquella. Todo se daba por perdido. El espectro de Rancagua de 1814 asomaba nuevamente. Y para peor, era el mismo General Osorio quien conducía al Ejército español. El ex Mariscal francés Brayer, Jefe del Estado Mayor del Ejército Unido, al ser consultado no titubeó en expresar que en su sentir no había esperanza alguna de reaccionar contra la *“derrota sufrida”*. Las noticias llegadas daban al General San Martín por muerto, asegurando alguien haber visto su cadáver; al General O'Higgins se lo daba por gravemente herido.

Realistas y espíritus timoratos se apresuraron a comunicarse con el General español victorioso. Otros se disponían a emigrar a Mendoza o a refugiarse en los buques realistas, surtos en la bahía de Valparaíso. Y hasta hubo alguien que mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al General Osorio en su entrada triunfal”. Como se ve, la desmoralización más completa se había apoderado del gobierno y del pueblo. Sólo la voz de Don Tomás Guido se alzó para infundir algún aliento.

LA CONFIANZA DEL GENERAL SAN MARTIN

El 25 de marzo llegaba a Santiago el General San Martín. Apenas arribado se encontró con aquel su amigo y confidente, a quien abrazando no pudo menos que expresarle conmovido: *“Mis amigos me han abandonado, pero recobramos lo perdido y echaremos del país a los realistas”*. *“No olvides que llevas a César y su fortuna”*, dijo el soldado y estadista romano en el Dirrachium al piloto que temía por la tormenta. Así como ésta, aquella frase encierra la fe profunda que el Gran Capitán tenía por la causa confiada a su genio, asimismo en las huestes que mandaba y en su propia personalidad, fe ésta que han demostrado poseer todos los grandes caudillos de la historia.

Esta fe en sí mismo, esta confianza en sus dotes y hasta en la estrella que guiaba su destino, así como en los que lo acompañaban en sus grandes empresas, reaparece cuando días después levantaba el abatido espíritu argentino-chileno expresando la tremenda frase: *“Yo empeño mi*

palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur". Y luego la reiteraba al decir: *"Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército"*. Y al amanecer del día que sería para siempre inmortal en los fastos argentino-chilenos - 5 de abril, - expresó: *"El triunfo de este día es nuestro, el sol por testigo"*. Dos años después, al emprender la expedición al Perú, decía: *"Se acerca el momento en que voy a seguir al Destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú"*, agregando: *"Fiado en la justicia de nuestra causa y en la protección del Ser Supremo, os prometo la victoria"*. Y en Lima, enfrentando al General Canterac, al tiempo que se restregaba las manos con aire satisfecho, decía el General San Martín: *"Están perdidos. El Callao es nuestro"*.

Es que el conductor debe ser considerado como algo sagrado, divino, ser de excepción por las huestes que acaudilla, y para esto se hace indispensable que él mismo comience por estar convencido de poseer tan excelsa condición.

LA BATALLA DE MAIPU

Volviendo a las operaciones, tócanos decir que en el llano de Maipú iban concentrándose las unidades de nueva creación, a las que el 28 de marzo se incorporó la columna Las Heras, saludada por dianas y una salva de 24 cañonazos. El 29 de marzo, diez días después de la derrota, reaparecía en escena el Ejército Unido, cual *"ave fénix que renace de sus propias cenizas, animado por el soplo divino de su creador"*. Contaba con 5.000 hombres y 22 piezas de artillería. La tranquilidad pública y la fe en la próxima victoria volvían a renacer en los corazones, abatidos hasta la víspera. Mientras tanto, el Ejército español había continuado con timidez e indecisión su avance hacia el Norte. Su irresoluto comandante, al saber que el enemigo batido en la noche del 19 al 20 de marzo en Cancha Rayada existía de nuevo, pensó en retrogradar a Talcahuano para reembarcarse, y posteriormente optó por dirigirse a Valparaíso para hacer lo mismo. El espíritu heroico, ardiente y tenaz del General Ordóñez le hizo desistir al General Osorio de tamaña resolución. Y fue así como el 5 de abril se enfrentaron nuevamente ambos ejércitos en los llanos de Maipú.

No es nuestro ánimo relatar detalladamente la batalla. Sólo daremos de ella un bosquejo, una ligera semblanza.

En la situación expresada, el General San Martín tomó la resolución de atacar. Y esto no obstante hallarse ahora en evidente inferioridad numérica, frente a un enemigo que ocupaba una fortísima posición de apresto y a despecho del reciente y grave contraste, que por fuerza había conmovido la moral del Ejército Unido.

Estratégicamente, el plan del General argentino miraba las líneas de comunicaciones españolas, que se extendían hacia Valparaíso, con el propósito de cortarlas, interponiéndose entre este punto y el Ejército realista, y tácticamente obedecía al propósito de atacar al enemigo. Esta vez no había planeado una batalla de envolvimiento aniquilador, como ocurrió en Chacabuco y como había realizado en San Lorenzo. La situación inicial y los efectivos habían influido en ello. Pero apenas la situación táctica se lo permitió, por inspiración del campo de batalla dirigió sus reservas contra el flanco derecho y retaguardia realistas.

Dentro de esas condiciones, la batalla se inició poco después de mediodía. Se luchó porfiadamente con singular denuedo por ambos contendientes. Por eso el General San Martín pudo decir en el parte de la batalla: *“Con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se dio una resistencia más tenaz”*. Poco antes de las 17 la batalla estaba ganada virtualmente por el Ejército Unido. A esa hora se realizaba el abrazo de los dos inmortales en el mismo campo de batalla: San Martín y O`Higgins.

El lacónico parte del vencedor decía: *“Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye. Nuestra caballería lo persigue hasta concluirle. La Patria es libre.”*

A las 15 horas se había retirado del campo de batalla el Comandante del Ejército español, General Osorio. Con todo, el intrépido General Ordóñez no se había dado por vencido. Arrastrando tras de sí parte de los batallones Burgos, Concepción e Infante Don Carlos, además de algunas compañías de granaderos y de cazadores casi intactas, se había posesionado del caserío Lo Espejo, donde fue atacado frontalmente por el General Balcarce con grandes pérdidas para el atacante, optándose, en vista de esto por el inteligente plan de combate del Coronel Las Heras, consistente en *preparar el ataque de la infantería por el fuego de la artillería y buscar la decisión atacando el flanco enemigo*. Así se terminó totalmente la batalla un rato después, entregando sus espadas allí, como prisioneros, el heroico Coronel Ordóñez, el Jefe del Estado Mayor, General Primo de Rivera, el Comandante de División Morla, los Coroneles de caballería Morgada y Rodríguez todos los oficiales de infantería realista, etcétera; 12 cañones, 4 banderas, 1.000 muertos contrarios, 1 general, 4 coroneles, 7 tenientes coroneles, 150 oficiales y 2.200 prisioneros de tropa; 3.850 fusiles, 1.200 tercerolas, los caudales, equipos y munición fueron los trofeos. Al ejército Unido costóle 1.000 hombres entre muertos y heridos. *“Esta victoria fue la más reñida de la guerra sudamericana.”* Más que por sus trofeos, Maipú fue la primera gran batalla americana, histórica y científicamente considerada.

En sus instrucciones para la acción táctica, el General San Martín ya había dicho: *“Esta batalla va a definir la suerte de toda América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla en manos de nuestros verdugos”*. *Tal la trascendencia que le adjudicaba el Gran Capitán*.

El Virrey del Perú, General Pezuela, el orgulloso vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe Sipe, apenas tuvo conocimiento de la derrota realista, fue presa de la más grave desmoralización. Consideró irremisiblemente perdido al Reino de Chile y gravemente amenazado al Perú: *“Estos planes no son otros que los de apresurarse a mandar una expedición a estas dilatadas costas... propagando la revolución hasta hacer sucumbir a esta misma capital (Lima) objeto de sus perpetuas miras”*.

El pavor se apoderó de tal modo de la guarnición militar de Lima, que el Virrey, para tranquilizarla, debió dirigirle una proclama prometiéndole no enviar a Chile tropa alguna perteneciente a la misma.

Además se dirigió en tono quejumbroso al Virrey Sámano, de Venezuela, y al General Morillo, de Nueva Granada, implorándoles el envío de refuerzos. El primero compartía, enteramente, su modo de pensar cuando contestándole decía: *“La fatal derrota que han sufrido las tropas*

del Rey, Nuestro Señor, cerca de Santiago de Chile (Maipú) pone al virreinato del Perú y a todo este continente por la parte del Sud en consternación y peligro.”

Como se ve, las altas autoridades peninsulares de América del Sur concedíanle la más decisiva influencia a la batalla expresada: la pérdida continental.

JUICIO FINAL

El precedente estudio, muestra de una manera evidente, la sistemática tendencia de San Martín de librar batallas de aniquilamiento expresada en sus planes categóricamente, perseguida en la acción con tenacidad ejemplar. Su *“modo” queda así caracterizado. Se manifiesta por la tendencia invariable de caer sobre los flancos y retaguardia del enemigo, tanto en el campo de la estrategia como en el de la táctica. El frente y las alas adversarias no son sus objetivos; no es contra ellos que el Gran Capitán escalone sus reservas en procura de la decisión, son contra aquellas partes del dispositivo enemigo que le permitirán “deshacerlo en la primera acción.”* La concordancia con el “estilo de los Grandes Capitanes estudiados por el General Schlieffen es manifiesta y permite su comparación como conductor de ejércitos sin violencia alguna, ateniéndonos exclusivamente a consideraciones de índole técnica, exentos de sentimentalismo alguno, a los más grandes soldados de la Historia: Aníbal, Federico el Grande, Napoleón y Moltke.

Como hemos visto en Maipú se apartó de su “norma” como sucediera con Napoleón desde Pr. Eylau, aunque con distinta suerte. Pero esta excepción no hace sino confirmar la regla. Interesante resulta comparar las pérdidas y los esfuerzos que exigió Maipú con los de Chacabuco. Las dificultades de la acción decisiva frontal quedan así demostradas una vez más. Hasta en aquel pequeño y glorioso combate que se llamó San Lorenzo y que los jinetes argentinos no olvidarán nunca, la victoria se obtuvo por una violenta acción concéntrica de los Granaderos a Caballo contra los flancos del enemigo.

Reproducimos en estas páginas el capítulo III de la segunda edición de “Cannae” y “El Modo de operar de San Martín”, obra del general Nicolás C. Accame, aparecida en 1938. El general Accame, que es uno de los militares argentinos en quienes la aptitud profesional está regida por una sólida cultura, demuestra en esta obra – cuya primera edición vio la luz en 1921 – que la manera de operar de San Martín estaba completamente de acuerdo con el estilo clásico, puesto en práctica por los grandes capitanes de la historia desde hace dos mil años.

Este artículo fue publicado en 1950, en una revista alusiva a la conmemoración del centenario del fallecimiento del Padre de la Patria.
